

STARCRRAFT  
HEART OF THE SWARM

# FRÍA SIMETRÍA

Cameron Dayton

BILZARD  
ENTERTAINMENT

«¿Por qué te he hecho venir a verme bajo la luna llena, muchacho?»

—No lo sé, maestro. ¿Es por la luz? Saalok brilla esta noche.

«Te acercas a la respuesta, Teredal. La luna llena refleja el símbolo de nuestra orden. La Esfera Ferviente es un signo de pureza, de claridad y de pensamiento. Trazamos su contorno en nuestros corazones cuando hacemos nuestros votos.»

—No sabía que eso se debía a la luna.

«Incluso el arco más pequeño hace realidad la circunferencia mayor, y mucho es lo que debes aprender. Pero por ahora, lo único que debes saber es que Saalok es sagrada para la orden de los fanáticos. Desde tiempos inmemoriales, los guardianes de Aiur han erigido sus vidas basándose en la disciplina que la luna imparte.»

—¿Imparte? Pero si... solo es una luna.

«Muchacho, ¿sabías que la luna de Aiur es una rareza entre las estrellas?»

—Perdóname, maestro. ¿Cómo es eso posible? Los protoss han estado en muchos mundos y han visto tantas y tantas lunas. Algunas más grandes, o más brillantes, o más...

«La rareza no siempre se deriva de que haya más o menos de una cosa, Teredal. A veces la rareza se encuentra en la plenitud. En la integridad. Saalok es rara en su perfección. Es casi una esfera matemáticamente perfecta, y eso es algo inaudito en todo el cosmos. No es casualidad que una luna así fuera colocada en los cielos que dominan nuestro mundo. No es casualidad que nuestro pueblo haya acudido a su pureza en busca de orientación y claridad en las épocas más tenebrosas de la historia.»

—Dices que la colocaron. ¿Quién fue?

«Algunas preguntas no tienen respuesta, y algunas preguntas serán respondidas con el tiempo. Pero la pureza, la luz y el orden son los frutos de la inteligencia, Teredal. La inteligencia apacigua el rugido bestial del caos. La inteligencia transforma el ruido en armonía...

[...] Es el centro de todo lo que consideramos sagrado, y ha sido el núcleo de todas tus lecciones: desde la concentración mental necesaria para inflamar tu cuchilla psi, hasta el pensamiento cristalino que has entrelazado en esta armadura consagrada...

[...] Bueno, ¿crees que te he hecho venir aquí para charlar de la luna?»

—Pues... No, maestro. No lo creo. Esperaba que desearas comenzar mi iniciación.

«Te acercas a la respuesta, Teredal. Ven, ponte frente a mí. Es hora de que hagas los primeros votos de nuestra orden.»

\* \* \*

Era una emboscada, y de lo más sangrienta.

*«¿Una emboscada?»* —gruñó ZeraneK con sus cuchillas relampagueando—. *«Creía que estos zerg eran salvajes.»*

El hidralisco retrocedió tambaleándose con un chirrido y redobló su ataque. Golpeó con sus largas garras, rasgando con brutal precisión. Con un destello de luz espectral, el escudo del fanático mitigó la arremetida y quedó seco.

*«Incluso los animales más bobos cazan por sorpresa»* —soltó Kehdana.

Esta se deslizó más allá del hidralisco, se agachó por debajo de sus garras y giró su hacha describiendo un arco brillante, una curva letal de energía psiónica. El hidralisco cayó hecho pedazos.

La voz telepática de Kehdana sonaba firme en pleno combate. *«Céntrate, fanático. Nos superan en número.»*

La advertencia le llegó demasiado tarde a ZeraneK. Dos zergling saltaron por la brecha abierta por el hidralisco, derribando al soldado. Su grito psíquico fue un gruñido de rabia y dolor; perder la verticalidad entre estas bestias significaba la muerte. Kehdana giró sobre sus talones en un movimiento difícil de seguir con la vista —la misteriosa danza de los nerazim— y su golpe atravesó tanto a los zergling como a ZeraneK. El grito de este se apagó.

Teredal tomó nota de la fría clemencia, asintiendo mientras se apartaba del hidralisco muerto a sus pies. Luego saltó y hundió sus cuchillas en otra de las criaturas, que había cometido la temeridad de darle la espalda para rematar a un templario tétrico. El hidralisco casi aplastó a su víctima al caer, y Teredal tuvo que apartar al zerg a un lado. El sangrante nerazim —Teredal recordaba que se llamaba Kherenoss— alzó la mano para darle las gracias a Teredal, temblando de dolor. Teredal intentó levantarlo, y entonces vio que Kherenoss había sido separado de sus piernas. Era demasiado tarde. El templario tétrico se estremeció una vez más y quedó inmóvil.

*«Muerto. No hay otra forma de escapar de esta misión ni de regresar a casa.»*

Envuelto en el manto temporal del campo de invisibilidad ya en declive de Kherenoss, el veterano, lleno de cicatrices, examinó la batalla con su único ojo. De la docena de guerreros que habían llegado a Saalok al amanecer, solo quedaban tres. Todo había sucedido tan deprisa...

Los acechadores habían sido los primeros en caer, desmoronándose bajo una tormenta de espinas de hidralisco. Los templarios tétricos habían actuado con rapidez para ayudar a sus hermanos cibernéticos, poniéndose delante de ellos con un salto para interceptar la siguiente salva de espinas mediante cuchillas de distorsión rotatorias. Era demasiado tarde para salvar a los acechadores —sus formas arácnidas y plateadas se extendían por la arena en ángulos rotos—, pero no para vengarse de sus verdugos zerg. Teredal podía ver que dos de los guerreros invisibles seguían luchando; eran borrones de movimiento sombrío ribeteados con vetas de sangre alienígena contra la pálida arena. Los templarios tétricos eran una pesadilla en el combate cuerpo a cuerpo, temidos en todo el sector

por su sigilo letal. Pero el sigilo no servía de aliado en una emboscada. Cada uno de ellos estaba rodeado de cuerpos de zerg, vivos y muertos. Todos estaban a punto de sucumbir.

Los fanáticos habían irrumpido en la refriega sin pausa. Eran combatientes adustos que se sabían superados en número. Un fanático no se ocultaba en las sombras, no atacaba sin ser visto como los nerazim. Un fanático encabezaba la carga y fue el primero en asestar el primer golpe. Así había sido en innumerables campos de batalla de innumerables mundos. Los fanáticos del exilium de Teredal no eran diferentes: habían superado la distancia con las cuchillas desenvainadas y arrollado a los zerg en una acometida de furia muda. Una niebla repentina de sangre negra y miembros cercenados. El avance de los fanáticos había embotado la emboscada, desbordando al enemigo, y casi había invertido el signo de la contienda. Casi.

Pero una segunda oleada de zerg había llegado en las entrañas de un superamo, y cayó al suelo salpicando bilis y castañeteando. Su contraataque fue implacable, saltando, reptando y deslizándose sobre sus parientes muertos, y los fanáticos habían sido barridos, ahogados en un mar de garras. Todos ellos habían caído, sepultados bajo los cadáveres espasmódicos de los zerg.

Todos menos Teredal, el último fanático en pie de los seis que habían desembarcado, un equipo de guerreros curtidos seleccionados por el consejo por su experiencia contra los zerg. Su cometido era prestar apoyo. Un par de ellos debían acompañar a cada uno de los equipos de templarios tétricos/acechadores que explorarían los bastiones zerg ocultos en las cañadas calcáreas de Saalok. Se suponía que la suya iba a ser una misión de infiltración en la que debían señalar las fortificaciones prioritarias para ataques posteriores. Sin las piedras de distorsión en la armadura del exilium, la muerte sería inevitable. No se preveía un baño de sangre.

Teredal negó con la cabeza.

*«Y no habría habido baño si hubiéramos venido en una nave invisible. Pero ¿por qué ocultar tus naves a un enemigo estúpido? Los animales no pueden rastrear una inserción orbital, no entienden la diferencia entre una estrella y una lanzadera...»*

La misión había fracasado. Ahora Teredal se encontraba frente a una veintena de hidraliscos y zergling junto a los dos... no, junto al *único* templario tétrico que quedaba vivo: Kehdana. Esta estaba rodeada, rechazando una tormenta de garras afiladas en un mareante ballet de cuchillas, fuego psiónico y sangre. Teredal notaba que Kehdana estaba empleando sus últimas fuerzas, y saltó desde detrás del cuerpo de Kherenoss en un intento de desviar la atención zerg de aquella guerrera que desfallecía.

Dio resultado: tres hidraliscos se giraron para ir a por él. Un par de zergling se le lanzaron encima profiriendo chirridos ansiosos.

Teredal oyó el silbido de las espinas de los hidraliscos y giró sobre sus talones para esquivar una andanada que le pasó de largo. Siguió con el impulso de su giro para encontrarse las garras en descenso de un zergling, cuyos talones cortó con arrogante precisión con la energía psiónica del arma de su muñeca.

Llevado por la furia, sin hacer caso del dolor, el zergling saltó a través de la lluvia de su propia sangre decidido a comer, a matar. Era una reacción instintiva que Teredal había aprendido a provocar. Tantos años de enfrentarse a estas bestias habían perfeccionado en sus músculos una secuencia refleja de esquivar y estocada. Con gracia ensayada, se agazapó y permitió que el arco de la trayectoria del monstruo lo llevara directo hacia su cuchilla alzada. Las dos mitades del zergling cayeron retorciéndose sobre el pálido polvo lunar a sus espaldas.

Gritos de muerte resonaban en la mente de Teredal cuando el entramado psíquico bramaba y se desgarraba con las tristes arias de sus compañeros fanáticos. El Khala conectaba a los protoss en pensamiento y pasiones, y Teredal sentía las muertes de su exilium con un pesar frío y punzante.

*«Mantente agachada» —envió—. «Mantente agachada y no pares de moverte.»*

*«Muerden tanto por arriba como por abajo» —respondió Kehdana, con su voz mental de templaria tétrica afectada por el esfuerzo—. «Y son demasia...»*

El silencio interrumpió sus palabras, y Teredal se giró para verla caer bajo un trío de zergling. Nuevas espinas rasgaron el aire, y Teredal se tapó la cara con los guanteletes mientras se lanzaba. Sintió un fuerte impacto contra su armadura, oyó el grito del metal retorcido al chocar contra el suelo. Tras rodar para ponerse en pie, Teredal vio a dos hidraliscos más que se le ponían a tiro. Uno se sacudió el polvo de la cabeza, y una nube fantasmal se dispersó lentamente por el caparazón puntiagudo de la criatura.

Teredal sabía que no resistiría otra andanada, que las ondas vacías en el Khala significaban que estaba solo frente a los zerg que quedaban. Un vistazo rápido hacia abajo mientras pivotaba conjuntamente con los monstruos que lo rodeaban le indicó que su guantelete derecho estaba destrozado: ahora solo le funcionaba una cuchilla psi. Las baterías de su escudo estaban agotadas. El hidralisco de delante siseó y se arqueó hacia atrás, retrayendo las fundas de sus eyectores de espinas. De los hombros le salió más polvo.

*«El polvo... Estos zerg se acaban de desenterrar.»*

Darse cuenta de aquello impulsó a Teredal. Dio tres pasos a la carrera y luego saltó hacia el hidralisco, haciéndose una bola mientras las espinas le silbaban por debajo. La bestia, sorprendida por la maniobra de Teredal, se agachó y se deslizó a un lado. Teredal aterrizó y, en vez de encararse con el hidralisco, desenvainó su cuchilla y se lanzó al agujero oscuro de detrás de la criatura. A su hoyo subterráneo. El único sitio por donde podría escapar del fuego cruzado y obligar a su enemigo a un combate cuerpo a cuerpo. Un espacio reducido: sin duda, donde más mortífero era un fanático.

Teredal se agachó en la oscuridad. El túnel estaba ocupado: los sonidos secos de un caparazón escarbando pararon de repente cuando se dio la vuelta. Aquellos ruidos de excavación le eran familiares a Teredal: señales de una cucaracha zerg, el frontispicio enterrado del ejército quitinoso. Teredal volvió a encender la única cuchilla psi que le funcionaba, pintando la oscuridad con lenguas de luz azul. Agachada a un brazo de distancia estaba la cucaracha. Fría, de ojos vacíos. Fauces dentadas. Sus mandíbulas serradas se agitaban violentamente presas de una furia animal. La

cucaracha llenaba el túnel, con sus gruesas garras listas para atacar. Su silbido se convirtió en un rugido que hizo que se deprendieran guijarros de las paredes curvas.

Teredal le hundió la cuchilla en el ojo central, inclinándose a un lado para esquivar las garras que sacudían el túnel en un estertor de muerte. El rugido se perdió en un suspiro burbujeante, la cucaracha tembló y luego quedó quieta.

Más sonidos provenían de detrás de Teredal: el reptar seco del hidralisco que se arrastraba para entrar de vuelta en la madriguera de la que había salido. La cabeza y los hombros ya asomaban en la estancia. Teredal se giró, agarró la protuberancia del pecho del hidralisco con la mano libre y tiró de él para hacerlo entrar por el agujero y que la cabeza le golpeará la pared de grava compactada del túnel. Arrancó su cuchilla de la cucaracha y la hincó en el cuello del hidralisco, clavándola hasta el suelo. El cuerpo pesado y serpentino de la criatura se sacudió contra las duras paredes y llenó el aire con una nube de polvo. Teredal retorció la cuchilla, cortándole la cabeza. Las sacudidas del hidralisco no hicieron más que aumentar, tirando abajo el túnel en una lluvia de roca y arena mientras el fanático saltaba hacia atrás. Destruído el orificio de entrada, Teredal apagó la cuchilla y quedó inmerso en la más absoluta oscuridad.

Teredal se quedó quieto; tal vez los zerg creyeran que había perecido en el derrumbe. Las especies zerg que había visto en la emboscada no eran criaturas de extraordinaria sensibilidad —o intelecto— cuando tenían que arreglárselas solas. Ahora la supervivencia del fanático dependía de que su interés menguara y centraran su atención en otra cosa. Sonidos susurrantes, un gruñido agudo que un zerg le soltaba a un compañero del grupo, y luego el ruido se fue haciendo cada vez más débil. Los zerg se iban. Teredal estaba parado en la oscuridad.

*«Ahora a ver si... ¡un momento!»*

Había algo ahí arriba. Un hidralisco. El fanático oía su cola deslizarse sobre la roca por encima de él.

*«Qué raro que quede uno. Los zerg salvajes no dejan exploradores.»*

La criatura se movía despacio. Estaba... *alimentándose*. Teredal sintió que la palabra le perforaba la mente como un carámbano. El hidralisco se estaba comiendo a guerreros protoss, campeones de su pueblo y nobles guardianes de los hijos perdidos de Aiur. Tal como había hecho muchas veces anteriormente, Teredal contuvo la ira encendida que amenazaba con apoderarse de él. Tal como había hecho muchas veces anteriormente, la canalizó hacia una rabia fría, centrada, una cuchilla afilada orientada al deber.

Se agazapó y evaluó la situación. Los zerg solo se alimentaban cuando estaban lejos de la biomateria, el terreno biológico que cubría el suelo que rodeaba a una colmena. Eso significaba que el campamento zerg estaba lejos, posiblemente a una distancia de varias rotaciones. Cabía la posibilidad de que aquella emboscada hubiera sido ideada por un grupo aislado que ahora regresaría a la colmena tras la victoria o seguiría viajando en alguna especie de patrulla. Sea como fuere, si Teredal se quedaba en silencio, el hidralisco restante acabaría yéndose. Con solo una cuchilla operativa y las baterías del escudo de su armadura vacías, sabía que era la decisión más segura. Tal

vez pudiera salir del túnel después de que la criatura se hubiera ido e intentar completar la misión. Esa sería la estrategia a seguir más sensata.

*«Pero sería inútil.»*

La misión había sido concebida en torno a la idea de que Saalok estaba habitada por una población de zerg salvajes sin inteligencia. Colmenas de animales —animales peligrosos— a los que se podía espiar, señalar y barrer de la luna con la flota estacionada en la órbita extrasolar. Era una flota costosa, compuesta de lanzaderas de transporte ligeras cargadas de conceptores para registrar colmenas. La fuerza prevista para bajar a Saalok estaba perfectamente capacitada para destruir una infestación: conceptores con escarabajos explosivos, autómatas programados para avanzar poco a poco hacia unidades e instalaciones enemigas señaladas y luego explotar. Los conceptores eran altamente eficaces contra fuerzas terrestres, y el servicio de inteligencia orbital había dejado claro que los zerg salvajes de Saalok eran casi por completo zergling terrestres, hidraliscos y cucarachas; los pocos superamos que flotaban por encima de esta chusma apenas podían considerarse una amenaza. Los conceptores llegarían con un apoyo aéreo mínimo... y serían hechos pedazos por un adversario con un sólido sentido táctico. Un adversario preparado para su llegada y armado con mutaliscos, las bestias aéreas aladas que sin duda las colmenas de Saalok estaban engendrando ahora que sabían de la presencia de los protoss. O tal vez ya se habían engendrado, una armada escondida en los profundos desfiladeros que recorrían la luna. Era un cebo diabólicamente irresistible, y el ejecutor no había sabido ver más allá del señuelo.

Teredal sintió la pérdida de su gente como una sombra sobre su cabeza, nubarrones que se acumulaban más allá de su alcance. Incluso una fuerza ligera de mutaliscos haría trizas a un ejército de conceptores terrestres. Estaba previsto que la flota alunizara hacia la siguiente rotación lunar: el amanecer, desde donde estaba Teredal. Iba a ser una catástrofe.

*«En cualquier caso, no sirvo de nada en este estado.»*

En la claustrofóbica oscuridad del túnel, rodeado de zerg muertos, Teredal se puso a trabajar quitándose la armadura rota del brazo derecho. La criatura que se alimentaba ahí arriba hacía demasiado ruido para oírlo, y el fanático estaba preocupado por la herida recibida. Veía que su guantelete era una chatarra de metal torcido. No una, sino *dos* púas de hidralisco habían impactado en la cobertura cerámica que le recubría el antebrazo. Era un milagro que aún se sintiera los dedos. Teredal flexionó la mano y sintió la cálida sangre que le goteaba del codo.

*«Para esto me hará falta algo de luz.»*

Teredal encendió la punta de la cuchilla psi que le quedaba, sosteniendo la luz azul sobre el brazo. Sí, el guantelete había bloqueado las espinas monstruosas... y le había hecho un corte en el brazo al torcerse bajo la fuerza del impacto. La hemorragia era mínima debido a la compresión ejercida por los servomotores inteligentes de su armadura, pero el brazo le sangraba de todos modos. Tenía que repararse la herida.

El fanático levantó la cuchilla, recorriendo el túnel con la mirada. Tras él, el pasadizo giraba ligeramente antes de acabar en la silueta derrumbada de la cucaracha muerta. Delante de él, un

repecho de rocas desprendidas y la criatura responsable del hundimiento. El hidralisco decapitado yacía semienterrado bajo las piedras que había hecho caer con sus últimos estertores. Una capa de polvo claro cubría al monstruo. Frunciendo el ceño, Teredal se acercó poco a poco y apartó del cuerpo la cabeza cortada. La grava de alrededor se mojó con más fluido negro. En silencio, Teredal empujó a un lado algunas de las rocas más grandes y se puso a destripar al hidralisco. Sus tendones le servirían de vendas para la herida, ayudarían a contener el flujo de sangre. Los había usado hacía años durante el asalto a Black Grass, en Tepperus, para salvarle la vida a un pretor. Ahora los tendones del zerg salvarían la suya.

Mientras trabajaba, pensó en lo que había visto en la emboscada. ¿De verdad actuaban los zerg bajo el mando de una inteligencia? ¿Estaba seguro de que no eran imaginaciones suyas? Teredal tuvo que reconocer que una veintena de zerg incontrolados pudiera haber emboscado a su grupo veterano, incluso haberlo destruido en las circunstancias adecuadas. Tal vez confundía la mala suerte con la táctica. Cinco fanáticos de Aiur, tres acechadores y tres templarios tétricos caídos ante garras, espinas y colmillos en cuestión de minutos. Primero una cortina de fuego dirigida a los acechadores, bien armados y los más móviles, seguida de un avance rápido de zergling para retener a los templarios tétricos. Y el superamo que se había mantenido fuera de su alcance, la nave de despliegue flotante del ejército zerg, no más sapiente que un zergling. Pero su presencia había conferido a los lacayos que pululaban ahí debajo una madeja de conocimiento como de animales de jauría y una sensibilidad psíquica. ¿Mala suerte?

«No.»

Una emboscada ejecutada con demasiada perfección por criaturas que deberían haber presentado un estado salvaje.

*«Sé cómo actúan los zerg salvajes. Los he estado rastreando desde nuestros mundos desde que comenzaron a desmandarse. Y estos se movían al unísono. Los estaban controlando.»*

Para Teredal no había duda. Se había enfrentado a los zerg cuando habían estado bajo el mando de su semidiós biológico, la Supermente. Teredal se había amoldado a las nuevas tácticas alienígenas cuando la humana advenediza Kerrigan había tomado el control del Enjambre, y recordaba el regusto nauseabundo de las estrategias de la joven terran entretejidas en las viejas pautas zerg como moho en huesos fosilizados. Más recientemente, Teredal se había adaptado a los zerg privados de su reina bastarda: un caos de garras y furia hambrienta que hacía que los enfrentamientos anteriores parecieran insulsos.

Teredal conocía a los zerg y sabía cómo luchaban. Conocía sus instintos y sus puntos débiles. Las lecciones se habían saldado con innumerables cicatrices, un mapa de experiencia trazado en líneas irregulares por todo su cuerpo. Incluso el ojo de Teredal, perdido durante el ataque a Plaza, había pagado una lección sobre cómo matar al poderoso ultralisco zerg. Teredal lo consideró un precio adecuado por los conocimientos con que aquello se saldó; conocimientos, y un monstruo enorme cortado en pedazos desperdigados por las losas de oración sagradas de Nelyth.

Estas costosas lecciones fueron la razón de que hubiera sido seleccionado. De que le hubieran ordenado escoltar a Kehdana a una zona donde el ejecutor suponía que la actividad zerg era alta,



para proteger a la templaria tétrica mientras esta colocaba sus balizas. El mando sabía que Teredal era capaz de conducir a Kehdana a través de una colmena si se lo pedían. Teredal conocía a los zerg.

Y sabía que el ejecutor se equivocaba. Los zerg estaban siendo controlados. Quién o qué los controlaba no lo sabía. No aún. La formación de las bestias en la emboscada le había parecido distinta a las maniobras de Kerrigan, pero desde luego le resultaba familiar. Una versión más tosca del control de la Supermente: la misma sensación orgánica, pero sin la armonía practicada y fluida que Teredal recordaba de aquellas primeras batallas.

«¿Se ha engendrado un nuevo cerebado para ocupar el lugar de la reina caída?»

De un modo u otro, esto ensombrecía, y mucho, el plan actual de recuperar Aiur. Teredal tenía que hablar con el ejecutor, tenía que detener la invasión que se produciría al alba. Esto era más que una simple misión. Los protoss ya se encontraban fatalmente disminuidos: sus números eran una fracción del magnífico imperio que antaño había dominado orgulloso las estrellas del sector Koprulu. Esta incursión era su última estrategia, un caro asalto a todo o nada para establecer una posición en lo que había parecido un bastión enemigo desatendido.

Si Teredal no avisaba a la flota, esta le mostraría el vientre descubierto a un enemigo listo para atacar con rapidez y ferocidad. Los protoss tenían que retirarse, volver a convocar al consejo y adaptar sus tácticas contra un enemigo *inteligente*.

Solo que no tenía forma de avisarlos. Teredal frunció el ceño y se planteó gritar sus pensamientos en el Khala lo más lejos que pudiera. Pero sabía que sería inútil. La flota estaba deliberadamente lejos. Deliberadamente más allá de su alcance.

Esta misión se había especificado como un ataque *silencioso*, una petición de los nerazim sin Khala para evitar que los zerg salvajes localizaran las ondas psiónicas de mayor potencia que los protoss necesitaban para comunicarse e invocarse más allá del planeta. Los zerg, incluso en un estado bestial, parecían tener la extraña capacidad de sentir las emisiones psíquicas más fuertes. Teredal no estaba seguro de por qué. ¿Quizás la longitud de onda de los protoss se parecía a las frecuencias de la Supermente? No era tarea de un fanático resolver los misterios que correspondían al alto templario. Pero sabía que los zerg se sentían atraídos a las emisiones psi potentes como moscas a la miel. De hecho, algunos tenían la teoría de que las criaturas eran *más* sensibles a la energía psíquica porque carecían de la disciplina o la capacidad biológica de construir filtros mentales. Esos filtros eran necesarios en una sociedad inteligente que hablaba telepáticamente; a los protoss jóvenes se les enseñaba desde pequeños cómo amortiguar el entramado de pensamientos, a menudo ruidoso. Los zerg no tenían esa necesidad.

Así, la lanzadera que había desplegado a este equipo en Salook había sido silenciosa, un vehículo automatizado programado para dejar su cargamento y regresar luego a la flota, estacionada justo más allá del alcance psíquico. Seguramente la flota vería qué había pasado aquí; sin duda los escáneres de vigilancia visual de las naves principales serían capaces de observar los resultados de la emboscada, ya que este hemisferio de la luna estaba en esos momentos de cara a la flota. Pero Teredal sabía que el ataque no preocuparía al ejecutor, al menos no en un sentido táctico. El plan, que se le explicó claramente desde el principio, sería seguir adelante con la exploración de Saalok

independientemente del éxito de este equipo. Se había invertido demasiado en esta operación para retirarse por un primer ataque fallido. Si el fracaso del exilium a la hora de completar su misión significaba que los ataques posteriores se iban a mover con menos eficacia, que así fuera; se enviaría a los conceptores en patrullas de caza por la cara cavernosa de Saalok, en vez de dirigirlos hacia las balizas que Kehdana y sus templarios tétricos tendrían que haber colocado.

Teredal negó con la cabeza, intentando sacudirse la desesperanza que amenazaba con abrumarlo. Retrocedió un paso para alejarse de los húmedos tendones tendidos por el suelo del túnel. No podía hacer nada.

*«Nada.»*

El fanático se apoyó contra las frías piedras compactadas que conformaban la pared del pasadizo para meditar sobre su situación e intentó centrarse más en el problema. Era así como hubiera vivido tanto tiempo y sobrevivido a tantas batallas, mientras otros sucumbían al miedo y la indecisión.

*«Muchacho, ¿sabías que la luna de Aiur es una rareza entre las estrellas?»*

La voz de su maestro le resonaba en la cabeza, no como un mero recuerdo, sino como el vestigio vibrante de un alma entretejida con el Khala. Era un conocimiento que impregnaba las hebras del universo. Teredal estaba demasiado lejos de sus hermanos para comunicarse con ellos de forma intencionada, pero podía sentir sus esencias —vivas y muertas— incluso a años luz de distancia. Podía oír la voz y sentirla en los huesos. Su respuesta era a la vez una oración y una súplica susurrada; se habló a sí mismo y al eco de su maestro que pervivía en su interior.

*«Maestro. Veo la perdición de nuestro pueblo, el principio del fin. Mis armas están dañadas y estoy solo. ¿Qué puede hacer un viejo fanático frente a las colmenas de Saalok?»*

Luego, pensando que su maestro lo reprendería por estar sin hacer nada, Teredal se inclinó y se puso a envolverse el brazo sangrante con los tendones. La carne dura y húmeda se le pegó a la piel, y sintió escozor allí donde el tejido alienígena le tocaba la herida abierta. Mientras tiraba de los tendones, se tensó por el dolor que le subió por el hombro. El dolor era bueno: lo mantendría centrado. Una vez vendada la herida, Teredal flexionó la mano para asegurarse de que seguía teniendo una movilidad completa. La hemorragia se había detenido.

El fanático miró al suelo y, bajo la luz parpadeante de su cuchilla psi, se fijó en que le sobraban trozos de tendones. Los tendones de hidralisco eran fuertes y prácticamente impenetrables, pero flexibles como el cuero. La temible adaptabilidad de los zerg hacía que su carne y sus huesos pudieran compararse a cualquier armadura y armamento que forjaran humanos o protoss. Teredal flexionó de nuevo la mano, contemplando las largas garras del hidralisco desechadas entre polvo y sangre.

*«Te acercas a la respuesta, Teredal.»*

\* \* \*

El hidralisco había comido casi hasta hartarse, y dejó caer el miembro que estaba royendo cuando el suelo se hundió por detrás de él. Algo salía de los túneles, algo que se movía rápido.

Girándose con un chirrido, la criatura topó con el intenso arco azul de la cuchilla de un fanático. *¡Dolor!* El arma le hizo un corte en el hombro al hidralisco, y quemó carne y hueso. El hidralisco cerró sus poderosas mandíbulas, aprisionando entre dientes afilados la única muñeca protegida del fanático. El metal crujió. El otro brazo del fanático no tenía fuego y olía a sangre. *¡Pres!* ¡Estaba atrapado e indefenso! Alzando sus largas garras con púas, el hidralisco babeó con ansia. Esta comida se retorcería mientras la devoraba.

Entonces el fanático miró hacia arriba y envió *sonidos* a la mente del hidralisco. Palabras llenas de una furia ancestral, primaria y diáfana.

*«Tu comida ha terminado, monstruo. Prueba ahora tu propia sangre.»*

Giró su otro brazo para golpear con otro par de garras con púas el interior de la boca del hidralisco.

\* \* \*

De pie a la fría luz del amanecer, Teredal terminó de limpiarse la sangre de las garras que llevaba atadas a la muñeca. Era un movimiento cargado de un ritual que se remontaba a un pasado distante de su pueblo, antes de la civilización. Antes de la tecnología que permitía concentrar el pensamiento en cuchillas de energía pura. Esta sencilla acción le aportaba claridad y una sensación de paz. Y la paz aportaba concentración.

*«Usa esta concentración.»*

El fanático marcado se agachó y, con el dedo, marcó tres puntos en la arena. Las tres divisiones de la flota protoss, esperando señales de su exilium caído; señales que nunca llegarían. Debajo de esos tres puntos trazó una línea larga, y luego otra. Dos líneas: un día y una noche de Saalok para que la flota lanzara su ataque condenado al fracaso. En Saalok, una rotación era corta: la luna no estaba acoplada gravitacionalmente con Aiur, y su revolución íntegra se producía en más o menos la mitad de lo que duraba un día en el mundo natal de Teredal. No había mucho tiempo.

A continuación, Teredal dibujó seis barras en un círculo alrededor de sus marcas. Las seis balizas. Construcciones cristalinas transportadas por cada fanático del equipo, herramientas compactas diseñadas por artesanos nerazim para proporcionar señalizaciones precisas de energía psíquica. Habrían guiado a la flota hacia las colmenas enemigas más destacadas con una exactitud quirúrgica. Ahora estaban tiradas en la pálida arena que lo rodeaba, salpicadas de sangre.

Las órdenes de Teredal habían sido ayudar a los templarios tétricos a colocar las balizas. Luego debía escoltar a los nerazim lejos de los enjambres zerg que vendrían atraídos por la señal y llevárselos a los puntos de reagrupamiento preestablecidos, donde podrían coordinar la exploración de Saalok por parte de los conceptores. El exilium sería recogido una vez que la luna hubiera quedado limpia de zerg; la extracción era una preocupación menor para el ejecutor. El objetivo primordial de esta

misión era proporcionar a la flota una posición dominante en la órbita lunar en torno a Aiur, una posición que supusiera el empujón final para recuperar el mundo natal de los protoss.

En caso de que la misión fracasara, los miembros supervivientes del equipo debían ir al punto de reagrupamiento más cercano. Teredal se frotó la base de la mano contra la cicatriz donde había estado su ojo izquierdo; le dolía cuando se quedaba mucho rato quieto. Tal vez pudiera hacerle señas a la flota con una baliza desde un punto de reagrupamiento. Tal vez el ejecutor interpretara las señas como una señal de socorro y le enviara una lanzadera. No, era demasiado arriesgado, y el ruido psíquico atraería a más zerg sobre sí. Además, para cuando hubiera llegado al punto de reagrupamiento, la flota ya se habría visto comprometida con el asalto. Las naves principales habrían puesto al descubierto sus posiciones, dispuestas en una formación vulnerable ante un enemigo inteligente.

La situación era... desesperada. Una vez transcurrido el próximo amanecer, la última división del poderío protoss quedaría extinguida. Llevado por un impulso, Teredal bajó el brazo y dibujó un círculo alrededor de las seis barras. La Esfera Ferviente, el símbolo de su orden. El círculo perfecto de Saalok. Un símbolo de pureza, de claridad y de pensamiento.

Y de pronto estaba claro. Una forma de enviarle el mensaje a la flota. Era un plan sencillo, pero ensombrecido por una muerte segura. La voluntad de Teredal flaqueó, y su cuchilla psi brilló, receptiva.

Colocaría las balizas en la trayectoria de un círculo perfecto, usando las herramientas de navegación de su armadura para ubicarlas a distancias calculadas. Cuando cada cristal gritara hacia el cielo, su canto psíquico atraería a los zerg al epicentro. Eso era de esperar. El ejecutor que esperaba ahí arriba en la flota lo observaría y supondría que todo iba según el plan.

Y aquí es donde Teredal dependería de la claridad y la inteligencia de su gente: necesitaría que la flota se fijara en la colocación de las balizas, una extraña simetría en absoluto típica de las formaciones zerg. Especialmente en zerg salvajes. Pero no sería eso lo que convencería al ejecutor de la inesperada consciencia de los zerg, no del todo. La cuchilla de Teredal brilló de nuevo, bañándole el rostro en su parpadeante luz azul.

El ejecutor se convencería cuando viera a los zerg *predecir* el patrón. Cuando los zerg se movieran para interceptar la última baliza del arco, demostrando la capacidad cognitiva de interpretar la trayectoria circular y calcular dónde se encendería la siguiente señal. Y ahí es donde Teredal moriría casi con total seguridad, destrozado en una emboscada que se habría tendido él mismo.

Era... distinto a lo que le habían ordenado hacer. Esta acción iba contra toda lo que un fanático representaba, era un intento audaz de imponerse a cuestiones tácticas que estaban muy por encima de su responsabilidad. Teredal resiguió el círculo con el dedo, la Esfera Ferviente.

*«No es casualidad que nuestro pueblo haya acudido a su pureza en busca de orientación y claridad en las épocas más tenebrosas de la historia.»*

Teredal se puso a recoger las balizas de los cadáveres de sus hermanos caídos. Los orbes cristalinos eran no más grandes que su mano, pesados y estaban elaborados con una extraña manufactura. Pasó el dedo por la ranura de acceso de cada construcción al levantarlas, y cada una lo saludó con un fulgor azul que indicaba su buen funcionamiento.

*«Incluso el arco más pequeño hace realidad la circunferencia mayor.»*

Palabras que su maestro había repetido a menudo, y ahora Teredal sentía el significado. Necesitaría que las probabilidades se inclinaran a su favor para que esto funcionara. Tras volver adonde había hecho los dibujos en la arena, adonde había tenido su epifanía, Teredal evaluó su propio estado. El brazo aún le dolía, pero las leves punzadas no serían una gran distracción: estaba habituado al dolor. La emboscada le había restado cierta energía, pero nada a lo que Teredal no estuviera acostumbrado. Otro punto a favor: sus piernas estaban ilesas. Hoy iba a necesitar su fuerza. Teredal siempre había sido un magnífico corredor e iba a realizar su carrera más rápida. Y muy probablemente la última.

Movió el brazo para probar la longitud de sus nuevas garras. Abultaban más que la cuchilla psi y estaban menos protegidas al faltarle el guantelete, pero eran mortalmente afiladas. Había sentido una gran satisfacción al ver cómo habían desgarrado a aquel hidralisco, al ver sus bordes serrados rajando la carne alienígena con una facilidad incestuosa.

Como ahora cargaba con seis balizas no tendría una libertad de movimiento total. Las balizas se acoplaban magnéticamente a su cinto blindado. Al ser tan voluminosas restringirían su ritmo, pero eso sería solo al principio. A medida que fuera colocando cada una, la carga disminuiría y crecería el peligro.

El sol ya despuntaba en el horizonte. El tiempo se agotaba. Teredal se agachó a borrar sus señales en la arena y colocó la primera baliza. Tocó la muesca de activación, donde unos sensores ocultos sintieron sus células y dieron su consentimiento. La baliza comenzó a emitir una luz roja, suaves pulsaciones que indicaban que se lanzaría una señal al cabo de ciento un destellos. Teredal se puso en pie y se preparó para correr.

Un sonido llegó desde las rocas que tenía a un lado. Se giró y encendió su cuchilla. Nada había allí salvo los cuerpos caídos de sus camaradas entrelazados con zerg muertos. ¿Había sobrevivido uno de los monstruos? Estuvo a punto de ir a investigar...

*«No hay tiempo. La baliza ya está encendida.»*

Teredal corrió. La distancia hasta el lugar de colocación de la siguiente baliza era un segmento menor de su recorrido total, pero quería estar lo bastante lejos de la primera baliza cuando esta se activara. La iban a oír todos los zerg de la luna, y Teredal sabía que la señal inesperada de un enemigo al que se suponía muerto atraería a monstruos desde todas las direcciones. Por suerte, en este tramo del viaje pasaría por un desfiladero estrecho y no tendría que pasar mucho tiempo esquivando a zerg curiosos. O eso esperaba.

La arena silbaba bajo sus pies veloces, y Teredal dejó que su ritmo acompasado lo llevara a través de la cara blanca de Saalok. Aiur comenzaba a ascender por el horizonte del este, y era más bonito de lo que habría esperado. Desde aquí, los marrones y azules vibrantes que señalaban los continentes y los océanos de su planeta natal parecían prístinos, inmaculados. Amplias pinceladas de nubes estriadas se extendían por los polos, y Teredal sintió una añoranza de Aiur que no mermaba con el tiempo.

Entonces se activó la baliza.

Un grito, un rugido, un terrible huracán de ruido psiónico que retumbó por todo el Khala. Los templarios tétricos lo habían preparado para esto, le habían advertido de la onda de choque que seguiría a la activación de cada baliza. Kehdana le había sugerido que se pusiera a una distancia mínima de seguridad y que se arrodillara entonces para levantar una barrera mental antes de que la baliza se disparara; su señal tenía el cometido doble de lanzar un mensaje al espacio y de crear una onda violenta en el entramado psíquico que atraería a cualquiera de los zerg salvajes de Saalok. Teredal esperaba cierto grado de desorientación, pero no un escándalo semejante. Tropezó y cayó de bruces en la arena. Durante un momento no pudo ver ni respirar; toda su alma luchaba contra el caos deformado en que se había convertido el Khala. Y entonces, tan pronto como había llegado, la señal desapareció.

*«Si eso no llama la atención del Enjambre, no sé qué puede hacerlo.»*

Levantó la vista al cielo sembrado de estrellas y llamó a su gente, una voz solitaria perdida en la tempestad.

*«Tomad nota de esta baliza, hermanos. Y tomad nota de las que vendrán.»*

Y entonces Teredal se incorporó y echó a correr. Se limpió la sangre del ojo y sacudió la cabeza para despejársela.

*«Corre.»*

La arena se hizo más escasa, y el camino de Teredal pasó a ser de grava y piedra. Ahora era más fácil mantener la velocidad, pero era un camino más traicionero, ya que sus pisadas eran más fuertes y aumentaba la posibilidad de alertar a los zerg. Tendría que ir con más cuidado al recorrer a toda prisa la estrecha cañada de caliza.

Mientras contaba sus pasos, el fanático ordenó las inquietudes que le habían ido pasando por la cabeza. Algunas podía abordarlas. Otras escapaban a su control.

En primer lugar, estaba la preocupación de que los zerg vieran la pauta demasiado pronto. Si predecían el recorrido de Teredal antes de que hubiera colocado suficientes balizas, era posible que los protoss no supieran interpretar su mensaje. Teredal tendría que colocarlas lo antes posible. Tendría que mantener este ritmo y completar el círculo antes del siguiente amanecer.

En segundo lugar, las balizas deberían estar a una distancia considerable entre sí para que su ubicación fuera legible desde donde estaba la flota. Ya había calculado las coordenadas, los vectores de cada trecho entre una baliza y otra; para una mente de fanático entrenada era fácil obtener esas cifras. Pero conocer el itinerario y ser capaz de concluir tan extenuante carrera a toda velocidad eran dos cosas muy distintas. Las balizas deberían ser activadas en relación a la rotación de Saalok. Si Teredal se limitaba a recorrer la circunferencia del círculo, colocando las balizas sobre la marcha, este hemisferio de la luna giraría para alejarse del ángulo de visión de la flota antes de que pudiera completar el camino, ya que la segunda mitad del contorno de un círculo describía una curva que volvía al origen. Tendría que colocar los cinco indicadores restantes a cada lado del origen, corriendo en diagonal de aquí para allá en dirección a puntos cada vez más distantes para asegurarse de que el círculo creciente comenzara y acabara dentro de la visión de la flota. Eso significaba que Teredal recorrería una distancia mayor que la del perímetro real. La carrera sería dura, incluso para un fanático. Un día y una noche sin tiempo para detenerse a descansar. Teredal no era un joven recluta. Era un veterano que ya había librado una batalla esa mañana. Tenía que aceptar que la sola carrera podía hacer que le estallara uno de sus corazones.

Por último, existía la posibilidad de que la mente o mentes que controlaban a los zerg adivinaran su estrategia y no respondieran, o que respondieran de una forma que pareciera aleatoria. En ese caso, el plan del fanático fracasaría. Teredal se sacudió ese pensamiento de la cabeza. Era una idea paranoica y básicamente inútil. Si los zerg eran tan astutos como para fingir un comportamiento salvaje, ¿por qué no lo habían hecho cuando su equipo alunizó?

Por ahora, solo podía correr.

\* \* \*

La segunda baliza y la tercera quedaron colocadas sin incidencias y sin interferencia por parte de los zerg. El enemigo no había podido predecir la pauta de Teredal.

*«Todavía. Tras tres puntos, solo ven un triángulo. El cuarto revelará el patrón, por lo que los puntos de las balizas quinta y sexta serán más previsibles.»*

Teredal saltó la roca que se interponía en su camino, cayendo con una voltereta que conservó su impulso y levantándose para seguir corriendo. Ahora quedaban tres balizas en su cinto, y gracias al menor peso podía permitirse una mayor velocidad y maniobras más ágiles para no tener que ir sorteando obstáculos. Había estado en marcha desde la mañana hasta el mediodía con solo dos breves paradas para colocar las balizas 2 y 3. Tras la primera baliza, el punto occidental del círculo, había ido al noroeste y luego había corrido por el sur hacia el punto sudoeste. Este siguiente tramo sería la recta más larga, entre la baliza del sudoeste y la del noreste: una distancia equivalente al diámetro total del círculo. Si Teredal lograba mantener ese ritmo, llegaría al cuarto punto hacia el crepúsculo.

Teredal había aprendido a activar las balizas y a seguir luego la cuenta atrás de números primos mientras corría, parándose a levantar sus defensas durante unos segundos para evitar lo peor de la detonación. Lamentaba tener que interrumpir el ritmo pero, tras haber sido derribado por la

primera bocina psiónica, consideraba que el riesgo de lesión por una caída era peor que un ligero retraso.

El fanático corría mientras la luz del sol caía limpia e inalterada a través de la fina atmósfera de Saalok. El calor sobre su piel era renovador, haces de la estrella solar de Aiur que había nutrido a su especie durante eones. Los protoss eran criaturas de luz solar, criaturas que habían usado su inteligencia y su habilidad para cazar en las grandes llanuras y las selvas de Aiur mucho antes de que surgieran el idioma y la civilización. Correr bajo esta luz clara de verano, eso era lo que significaba ser un protoss.

Aún no había habido encuentros con los zerg, aunque Teredal había procurado ocultarse tras dunas y rocas siempre que eso no lo desviara demasiado de su camino. Hubo un momento en que le pareció ver un superamo flotando a lo lejos, pero intentó pasar inadvertido hasta haberlo perdido de vista. Teredal se había fijado en que la criatura parecía ir en dirección a su última baliza, cosa que lo tranquilizaba un poco.

Cuando el sol comenzó a ponerse por encima de su hombro derecho, Teredal sintió que un vínculo intangible se extendía en el tiempo hasta conectar con sus ancestros. Su misión estaba clara, su muerte era segura, y el fanático sintió una extraña paz que sincopó sus pisadas firmes. Bajó la cabeza mientras corría y se trazó un círculo en el pecho.

Según los cálculos de Teredal, el lugar en el que colocar la cuarta baliza estaba delante. Aflojó la marcha mientras se acercaba.

*«Aquí es donde los tres puntos se convierten en cuatro, donde el triángulo comienza a adoptar la forma de un círculo. Cada paso que dé desde este lugar estará ensombrecido por la muerte.»*

El sol casi había desaparecido tras la cresta caliza que tenía a un lado. Teredal extendió los brazos bajo la tenue luz y se despidió del orbe dorado que su pueblo había adorado en una era olvidada. El resto de su carrera se desarrollaría en la oscuridad, sin nada del rico y cálido sustento que había impulsado a Teredal a lo largo del día. El pecho ya le dolía, y el brazo herido del fanático temblaba cuando se arrodilló a poner la baliza en la arena. Teredal trató de dejar a un lado sus preocupaciones. No había tiempo para descansar. Al amanecer, la flota estaría ahí. Activó la baliza y se alejó corriendo entre las sombras crecientes.

\* \* \*

Aunque la noche era fría y traicionera, su amparo resultó valioso. Teredal apenas había recorrido la mitad de la cuarta etapa cuando casi topó con un par de ultraliscos.

*«¡Dos!»*

Sus reflejos perfeccionados lo hicieron frenar con una derrapada cuando unos gemidos pesados de baja frecuencia resonaron en la pared de roca junto a Teredal. Agazapado tras un saliente, el fanático intentó calmar sus piernas temblorosas.



Había estado siguiendo una serie de desfiladeros estrechos durante la mayor parte del recorrido, dejando su refugio únicamente cuando se apartaba demasiado de su destino. Pero los desfiladeros no habían tardado en acabarse, y Teredal se había visto obligado a seguir la pared de un precipicio. Aunque era mejor que correr a través de una llanura abierta, el fanático se sentía al descubierto e intentaba estar atento a cualquier roca, grieta o saliente que iba viendo ante sí por si tenía que ponerse a cubierto. Era una costumbre agotadora que había adquirido durante el asedio de Torenis Prime y que requería que mente y reflejos estuvieran en constante y frenético movimiento cuando únicamente querían rendirse a los ritmos calmantes de la carrera. Ese hábito le salvó la vida.

Los ultraliscos se habían estado preparando para descender por el precipicio que tenía sobre él (parte de la cornisa se había derrumbado y había proporcionado un punto de apoyo a las monstruosas criaturas). Alguna parte de la mente de Teredal había reconocido sus llamadas rebotando en las rocas cercanas. Sus instintos lo habían dirigido bajo el saliente casi antes de ser consciente de su presencia. Los ultraliscos bajaron con fuertes pisadas más allá de la cresta bajo la que estaba el escondite de Teredal, con sus enormes piernas haciendo temblar el precipicio y provocando que se desprendieran cascadas de roca y arena. Resistió el impulso de encender la cuchilla y atacar. Un poco de acción, un poco de sangre, una forma de dar salida a su dolor tras ese día y esa noche corriendo. Pero Teredal sabía que el combate le costaría un tiempo y una energía que no tenía.

*«Resérvate para las balizas. Ya habrá sangre dentro de no mucho.»*

Mientras esperaba a que las bestias pasaran de largo, el fanático intentó aplacar su pena. El dolor había ido aumentando durante la noche. Flexionó el brazo derecho y tensó las ataduras que mantenían las garras en su lugar. Estaban húmedas de la sangre que se filtraba lentamente; Teredal temió que alguna infección zerg estuviera impidiendo que la herida sanara. Los edictos de su orden prohibían el uso de tejido alienígena precisamente por esta razón, pero Teredal sospechaba que esta profanación de carne y armamento protoss era menos importante que completar su misión suicida. Esto habría terminado mucho antes de que la pérdida de un poco de sangre fuera un problema.

*«Basta de descansar. Los ultraliscos se han ido. Hay que moverse.»*

Salió deslizándose de debajo de la cornisa e inspeccionó la parte superior del precipicio buscando movimiento ante las estrellas. No había nada. Era raro ver a un par de ultraliscos patrullar así; normalmente las criaturas pesadas se lanzaban a la carga en plena batalla, donde la sangre era cosa segura.

*«A menos que no estuvieran patrullando. A menos que los hubieran enviado para hacer frente a un exilium de protoss en algún punto de un presunto recorrido.»*

Teredal asintió para sí mismo. Era otra prueba de que los zerg estaban en efecto controlados por una entidad consciente y con capacidad táctica. No era irrefutable, pero sí otra pieza del rompecabezas. Echó a correr de nuevo. Su ritmo se aceleró. Sabía que la imagen final se vería con claridad en la siguiente baliza.

Pero fue incluso antes.

La colmena estaba directamente en su trayectoria. Teredal había evitado a dos patrullas más: un grupo de hidraliscos y otro ultralisco. Esta vez, ambas habían estado acompañadas de superamos, y había reconocido en sus movimientos patrones de búsqueda. Los superamos refulgían con lo que Teredal reconoció como fluidos embrionarios zerg: prueba de que las criaturas habían sido engendradas recientemente en una colmena cercana. Y, en efecto, a medida que continuó avanzando cautelosamente, el inconfundible chasqueo de mandíbulas de zánganos había vibrado en el aire ralo. Maldiciendo el retraso, Teredal dio un amplio rodeo en torno al sonido. El viaje ya le había llevado más tiempo de lo que había planeado. Sería una carrera contra el amanecer.

Había un trecho de espacio vacío entre el punto donde terminaba un desfiladero y comenzaba otro. No era una gran distancia —solo unos cincuenta pasos o así—, y Teredal no veía una forma de rodear esa abertura que no supusiera retroceder. Tendría que esprintar.

Se encorvó y apretó los puños, reuniendo toda su fuerza para una explosión de velocidad. Se trazó un círculo en el pecho y con un salto salió de las sombras hacia la luz de las estrellas.

*«Diez pasos... Veinte... Treinta... Ya casi estoy...»*

Alcanzó a ver a su izquierda la colmena zerg en la penumbra, y lo que vio lo hizo frenar en seco. Dos torres altas y finas, cada una culminada con un minarete bulboso. Refulgían bajo las estrellas, latiendo con un movimiento vascular. Las torres crecían ante la mirada de Teredal. Lentamente, con un compás sutil y palpitante, crecían.

Eran espirales. Los edificios-órgano de los zerg que, una vez maduros, proporcionaban las enzimas y materiales genéticos necesarios para engendrar a las criaturas voladoras que conformaban el grueso de la flota alienígena. Estas espirales eran recientes, una respuesta evidente a las acciones de Teredal en Saalok. Los zerg sabían que algo iba a pasar y que su estrategia anterior de fingir salvajismo había sido descubierta. Teredal pronosticó que los zerg tendrían el comienzo de una flota al cabo de un día, y una fuerza considerable no mucho después; la generación rápida de unidades militares era una especialidad de estos monstruos. Los protoss encontrarían una luna habitada por criaturas inteligentes y feroces que los harían pedazos antes de que llegaran a Aiur.

Un ultralisco rugió desde la colmena, y Teredal se dio cuenta de que estaba al descubierto. Se giró y desapareció por el desfiladero. Las molestias del pecho eran ahora un dolor punzante.

*«Más rápido.»*

\* \* \*

Los zerg estaban esperando en el punto de la quinta baliza. Teredal podía oírlos en el valle en sombras que quedaba muy por debajo. Aunque las cuatro balizas anteriores no apuntaban necesariamente a una quinta, este era uno de los dos o tres puntos que tendrían sentido si alguien estuviera buscando un patrón. Teredal supuso que habrían emplazado grupos similares en otros posibles puntos de colocación de una baliza; era lo que un estratega inteligente haría. Una vez que hubiera plantado el quinto indicador, no obstante, ya no quedarían dudas sobre la configuración. La

ubicación de la sexta baliza sería entonces obvia, y todas las garras y colmillos de Saalok caerían sobre ella.

*«Cada cosa a su tiempo. Primero hay que colocar la quinta baliza, y este valle está ocupado.»*

Teredal retrocedió desde el pico que dominaba el valle en el que se encontraba su objetivo con una mano en el pecho. Tendría que actuar pronto pero sabía que no tenía la energía para hacer frente a la patrulla reunida ahí abajo. Un ultralisco, seis hidraliscos y un superamo. Fuerza para el cuerpo a cuerpo, potencia de fuego a distancia y una fuerza coordinadora para tener controlados a los zerg. El fanático encontró algo de consuelo en la composición de la patrulla: era evidente que quien fuera que controlaba a estos zerg no tenía ni idea de qué clase de enemigo estaba colocando estas balizas. La patrulla se había seleccionado para manejar varias supuestas posibilidades. Teredal se habría reído de haber tenido la energía para ello.

*«¿Serían capaces de imaginar a un soldado viejo y herido con armas improvisadas?»*

Levantó el brazo de la garra y contempló sus bordes dentados con ojo crítico. Todavía afiladas. Todavía letales. Mucho más abajo, las bestias de la patrulla subían por el desfiladero hacia su punto de destino. El superamo flotaba sobre ellos, con sus musculosas vejigas de gas contrayéndose al impulsarse hacia delante.

Los zerg habían echado a su gente de su planeta natal con una ferocidad que había contrarrestado la sabiduría protoss en todo momento.

*«Es hora de que los protoss les devuelvan esa ferocidad.»*

Teredal pasó el dedo por el activador de su baliza y saltó hacia la oscuridad. Guiado por los sonidos que venían de abajo, espoleado por una rabia que había contenido durante demasiado tiempo, se sobrepuso al dolor y el cansancio y saltó.

Cayó sobre el superamo, quien, sobresaltado, salió disparado hacia delante. Tras hundir sus garras en la vejiga carnosa del costado, Teredal se encontró con una ráfaga de aire cálido y húmedo y un grito psíquico que le sacudió el cráneo. Se agarró a la criatura cuando esta se inclinó y comenzaba a caer. Desde abajo llegó el silbido colectivo de los hidraliscos, y Teredal supo que el superamo los estaba llamando. Una criatura salvaje daría un grito de socorro. Una criatura sapiente exigiría un ataque. Teredal usó las garras para trepar alrededor del superamo herido cuando una andanada de espinas se clavaba en el sitio en el que acababa de estar.

*«Si antes tenía alguna duda, ya no me queda ninguna.»*

Su montura se desplomaba rápidamente mientras el gas se le escapaba silbando por varias rasgaduras. El ultralisco se abalanzó con gran estruendo, intentando interceptar al superamo en peligro cuando este tocara el suelo. Teredal no tenía intención de estar ahí cuando ocurriera. Guiado por las estrepitosas pisadas del monstruo, se preparó y saltó de nuevo, encendiendo su cuchilla psi como una antorcha en el oscuro desfiladero. Para esto iba a necesitar luz.

Brillando como una estrella fugaz, Teredal se precipitó por el cielo nocturno para caer con un crujido contra el pesado caparazón de encima de los hombros del ultralisco. Una vez más, las garras se aferraron a la coraza huesuda del monstruo. Teredal sintió un nuevo dolor en el costado.

*«Costillas... rotas. Debo alcanzar la... articulación del cuello...»*

Se había ganado a pulso sus conocimientos sobre los ultraliscos, habiendo recibido elogios entre sus hermanos por matar a las bestias sin ayuda. Pero sus victorias siempre habían tenido un precio y nunca habían estado precedidas de una carrera tan extenuante ni de lesiones así. El veterano herido se agarró al lomo del ultralisco mientras este se sacudía y giraba barritando una furia que resonaba en las paredes del desfiladero. Lenta y deliberadamente, Teredal se le fue acercando al cuello.

*«Igual que... en la plaza de Nelyth...»*

Con un tajo de su cuchilla ardiente, partió la placa que recubría el cuello del monstruo e hincó bien hondo las garras en la carne expuesta. El ultralisco rugió y dio una última sacudida que desmontó a Teredal y lo lanzó por los aires.

El fanático pudo rodar al caer, deslizándose por un tramo arenoso. Comenzaba a incorporarse cuando los hidraliscos lo rodearon, emitiendo un silbido hambriento. El ultralisco se lanzó en embestida mientras le caía icor por la placa del pecho. Estaba herido, pero todavía vivo. Teredal sangraba, apenas tenía energía y lo superaban en número. Apagó la cuchilla y se arrodilló ante la bestia. Los hidraliscos se acercaron.

*«Cuatro. Tres. Dos. Uno.»*

La baliza explotó con un estallido de energía psíquica que le arrancó la cabeza al ultralisco. Una oleada de azul y violeta incandescente se propagaba desde la herida abierta donde Teredal había colocado el dispositivo, inundando el valle de fuego frío. Los hidraliscos chillaron, retorciéndose mientras expulsaban chorros de sangre por la boca. Disparaban espinas al caer, perforándose unos a otros en una agonía ciega. Las paredes del desfiladero se estremecían con una resonancia metafísica: el tejido mismo que unía sus átomos temblaba por la fuerza del latigazo. El escudo de Teredal, recargado al máximo, parpadeó una vez, y luego otra, frente a la tormenta de energía, y quedó agotado. Al arrodillarse, el fanático había encauzado toda la fuerza que le quedaba hacia las defensas psíquicas que había aprendido de niño. Eran cuanto tenía. A esta distancia, con toda la fuerza de una baliza diseñada para rugir por toda la superficie de un planeta, apenas había esperanza de que un único protoss sobreviviera.

*«Apenas había esperanza...»*

*[...] Eso significa que aún queda alguna.»*

*«Te acercas a la respuesta, Teredal.»*

El fanático se derrumbó en las sombras y quedó inmóvil.

\* \* \*

Luz. Una blancura temblorosa, circulante. Teredal parpadeó y no vio nada salvo haces de luz que dejaban un resplandor húmedo ante sus ojos.

*«Qué belleza. ¿Es esto el Khala? ¿Estoy...?»*

No. Había luz, pero no voces. Silencio. La tradición decía que, tras la muerte, el Khala era un coro sin fin de mentes entrelazadas alegremente y en armonía. Pero... el fanático solo sentía *dolor*. Teredal se frotó la base de la mano contra la cicatriz donde había estado su ojo izquierdo; le había comenzado a doler.

*«¿Cuánto tiempo llevo aquí tirado?»*

Teredal se dio la vuelta.

*«¿La luz?»*

Estrellas. Estrellas fugaces. Saalok pasaba entre una lluvia de meteoritos, y la luz que caía en cascada confería una textura pálida y líquida a las paredes del desfiladero. El brillo lo había despertado, y Teredal sentía ahora toda la intensa agonía de su cuerpo molido. Tenía dos costillas fracturadas en varios puntos; el brazo le ardía por la infección que se extendía, y en su cabeza resonaba aún el estampido y el rugido de la baliza.

*«Pero ya no me duelen los corazones. Y estas sombras significan que todavía no ha llegado el alba.»*

Teredal se estremeció y se giró a un lado. Se palpó la última baliza, atada aún a su cintura.

*«Incluso el arco más pequeño hace realidad la circunferencia mayor...»*

*[...] Ahora levántate, fanático.»*

Se inclinó hacia delante, haciendo una mueca de dolor al ponerse en pie lentamente. Tropezando a un lado, se desplomó sobre la masa carnosa e informe que había sido un superamo. Estaba frío en la arena húmeda. Teredal se incorporó, apoyándose un momento en aquella cosa ensangrentada de la que a continuación se apartó. Arriba, la lluvia de meteoritos se fue apagando, con los últimos rayos de fuego desapareciendo en un horizonte que poco a poco se iba haciendo más claro.

*«Ahora corre, fanático. Corre por Aiur.»*

Y Teredal corrió. Al cabo de una docena de pasos tropezó y cayó a la arena. Pero se levantó de nuevo y siguió corriendo. Este último tramo sería poco más de la mitad de su última etapa, pero los corazones ya le dolían. Y no acababa de ver bien.

*«Corre.»*

Las sombras comenzaron a alejarse lentamente de la base del precipicio que iba siguiendo. Teredal se instó a correr más rápido, y sus piernas adquirieron ese ritmo constante y eterno por el que eran conocidos los fanáticos. La arena pasó a ser grava, roca y grava otra vez.

*«Más rápido.»*

Corrió más rápido. El dolor se iba atenuando, y Teredal sabía que eso era el entumecimiento de la muerte acercándose.

*«Más rápido.»*

Sus pisadas sonaban con fuerza en la arena. Resonaban en las paredes de roca. Resonaban y crecían, magnificadas hasta ser un aporreo, lanzando oleadas de ruido. Ultraliscos. El aire ralo le hizo llegar los chirridos. Había zerg detrás de él, bestias hambrientas que iban a por la criatura que durante tanto tiempo las había evitado. Ahora su itinerario estaba claro, y su tapadera se desvanecía a medida que el cielo se iluminaba.

*«Más rápido.»*

De las paredes a cada lado del desfiladero caían piedras rodando. Había zergling corriendo en paralelo a la trayectoria de Teredal mientras buscaban una forma de bajar para atacar. El estruendo era mayor a sus espaldas. Vio luz ribeteando la cima de las montañas. Se acercaba el amanecer.

Y entonces Teredal había dejado atrás el desfiladero y salió a un trecho de grava abierto. Tenía ante sí su destino: un antiguo cráter, una marca circular en la cara de Saalok perceptible desde Aiur. Ya no habría donde cubrirse. Se había acabado lo de esconderse. Solo quedaba correr.

El ruido era más fuerte ahora. Teredal podía oír el sonido apresurado de garras contra la piedra, los zergling que esprintaban en el último tramo. Las criaturas eran veloces.

*«Pero no son fanáticos.»*

*«Más rápido.»*

Una última explosión de velocidad, energía procedente de reservas que Teredal no sabía que tenía. El cráter se hacía más grande ahí delante, y se sacó la baliza del cinto.

*«La emboscada es allí. Si puedo poner la baliza antes de que...»*

Un ultralisco apareció en el borde del cráter. Y otro. La pareja a la que había visto patrullar durante la noche. Entrechocaron las guadañas que tenían por garras y salieron en estampida desde el borde del cráter en dirección a él. El suelo temblaba. Detrás de ellos, el sol salía. Había llegado el amanecer. Teredal encendió su cuchilla y cargó.

*«¡Por Aiur!»*

La llamada de Teredal resonó por todo el Khala, fuerte, clara e inalterada. Y se le unieron otras. Voces que repetían el grito de Teredal con una furia equiparable al rugido de los ultraliscos.

*«¡Por Aiur!»*

Rayos de energía azul atravesaron el alba, reventando a los ultraliscos en una lluvia de sangre y huesos. Un trío de rayos de vacío protoss pasó entre la nube de sangre, seguido de una docena de cazas exploradores. Tronaban en el cielo, saizando el aire con una tempestad de partículas sobrecalentadas. Teredal se giró y vio por primera vez lo que lo había seguido. Era un ejército zerg: innumerables hidraliscos, cucarachas y zergling. Los ultraliscos bramaban bajo un calor abrasador, indefensos contra el ataque aéreo. Los zerg estaban atrapados en una tormenta de fuego, y solo aquellos que estaban más cerca del borde del desfiladero pudieron escapar para buscar refugio.

Teredal cayó de rodillas, con la oscuridad entumecedora apoderándose de su cuerpo. No sentía dolor en el brazo, y su pecho parecía vacío. El fanático se desplomó sobre la arena y vio la última baliza rodar lejos de sus dedos sin fuerza. Aiur salía por el horizonte junto al sol. Era precioso. Dorado, verde, perfecto.

Mientras observaba cómo Aiur ascendía en el cielo, más voces se entretejieron en el Khala a su alrededor.

*«Sí. Tenías razón, ejecutor. El fanático está aquí.»*

*«¿Teredal está aquí?»*

*«No sé cómo, pero está aquí.»*

Teredal se esforzó por responder. Su cuerpo no se movía, y su voz sonó débil, un grito silencioso que temblaba en el Khala.

*«Retira... la flota, ejecutor. Retira la flota.»*

Hubo un silencio, y luego una respuesta resonó desde el cielo.

*«Hemos visto tus marcas, fanático, y el ejecutor examinará su significado. Mientras tanto, la flota se retirará. Aiur esperará otro día.»*

*«En taro Adun, fanático.»*

Teredal asintió con la cabeza mientras su mejilla tocaba la blanca arena, fría y brillante.

*«En taro Adun.»*

Imaginó por un momento que se encontraba en Aiur, junto a su maestro, mirando ambos la luna en el cielo. La luz era casi cegadora.

*«Saalok... brilla esta noche. Brilla mucho.»*